

POÉTICA DE UN TIEMPO VIVIDO

FRANCISCO CARRASCO HEREDIA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Dice Rilke que no se debería publicar poesía hasta que el poeta alcanza los sesenta años de edad. Yo más bien entiendo que el poeta no alcance la madurez hasta esa mayoría pero téngase en cuenta libros como *Sobre los ángeles* de Rafael Alberti, *Sombra del paraíso* de Vicente Aleixandre o *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso o más modernamente *Arde el mar* de Pere Ginferer o *Sepulcro en Tarquinia* de Antonio Colinas, escritos todos ellos en la juventud de los respectivos autores o en la inmediata madurez.

Yo entiendo bien a Rilke porque he asistido al desencanto de escritores en cuanto a la precipitación en la entrega de algún libro primerizo. Yo confieso a la hora de hacer una revisión reflexiva de mis libros, a lo largo del tiempo transcurrido entre ellos, que no renunciaría a ninguno pues todos han ido naciendo en distintos estados de conciencia, o en momentos en que la experiencia asumía la evidencia, más o menos alumbradora de mi compromiso vital con las cosas maravillosas que amaba.

La poesía, más que sentimiento, es cordialidad de la palabra con el hecho de vivir. Es necesidad de conocimiento de aquello que intuido vale para el poema. Es comunicación del yo con el tú afectivos. “Es corsé y esqueleto de un bello cuerpo donado por la imaginación”, como dijo Gerardo Diego. Es experiencia pero, pienso, que la experiencia comienza con la vida misma y va adquiriendo memoria del tiempo que la lleva en sus designios para darla como oblación y testimonio del quehacer de aquello que conocemos por poesía. Creo que es Valery quien dice: “un poema es una fiesta del intelecto. Nada más que eso debe ser”. Pero también es dolor y penitencia. Duele escribir un libro y sentenciar su nunca entrega al lector. Yo aseguro que nunca he llegado a plantearme por qué ni para qué escribo poesía. Pero, entiendo que, el solo hecho de publicar un libro comporta un estado de necesidad o deseo de comunicación. Mis libros han nacido como hitos gozosos de momentos de plenitud, vitalista o existencial; como placer íntimo o como aceptación de mi propio acontecer humano. De aquí que tampoco me haya preguntado con qué generación me identifico. Por razón de edad debería ser con la del 50, pero mi primer libro no apareció hasta los 60. Pienso que el poeta no lo es tanto por lo que escribe cuanto por la capacidad de asimilación de sus vivencias, que pueden llagar a influir en su conciencia hasta el extremo de infundir en él un mundo espiritual de belleza permanente. El poeta, al sentirse identificado con su circunstancia histórica, elige y prefiere para su poesía una postura clara y auténtica de enfrentamiento con la realidad. No he aspirado jamás a la belleza formal para mi poesía, creo que la belleza es efímera y mutable en lo exterior. Todo lo bello muere en el yunque del tiempo; muere el deseo, se va la juventud del rostro de aquella muchacha que amamos. La belleza es un gusto estético de una época. Comulgo con Dámaso Alonso

que nos da la dimensión exacta al decir que “no es nada sin esa comunicación al alma del hombre, de su cálido latido, de su trémulo secreto”. Y aquí mi experiencia, al necesitar clarificar qué camino era el de mi intención de búsqueda, éste no habría de ser otro que el temblor de la emoción intemporal que, a través del dolor y del amor, trasciende desde la más primaria causa metafísica hasta la concienciación de la existencia humana.

“El hombre llega a su estado de madurez cuando se da cuenta exacta de lo que es y de sus límites”, se va encontrando a sí mismo en un ámbito de soledad y busca amparo en la angustia misma del vivir y es aquí, entonces, donde esa mágica comunicación de la palabra halla su verdadero valor, al venir potenciada por una herencia de recuerdos y fugas manantiales de nuestro más íntimo recinto espiritual. Creo que todo primer libro presume una búsqueda. Se construye a un ritmo acelerado dadas las múltiples sensaciones que asisten al alma joven. Tres fueron en principio los esquemas en que se asentaron mis libros primeros: el sentimiento de la naturaleza, el recuerdo y el dolor por la fugacidad del tiempo. Cada uno de ellos ha ido enriqueciendo el conocimiento que analiza y asume cada sensación traída de la realidad cotidiana por la experiencia; cada acto del vivir del hombre deformado o iluminado por el sueño.

El ilustre poeta Rafael Morales, en un bello artículo crítico a mi libro *Las raíces*, publicado en el diario *Arriba*, descubre en él un “acercamiento a la naturaleza en un intento reintegrador y redentor del hombre; una armonía entre éste y la esperanza, perdida en el angustiado páramo del tiempo”. Luis Jiménez Martos, comentando el mismo libro, destaca “la actitud contemplativa, amorosa y subjetivadora del ser; se había adelgazado tanto hasta casi perderse en el mimético paisaje de la poesía y que en estos tiempos se viene escribiendo casi en olor de clandestinidad”.

Mis primeros libros *Las raíces* y *Diálogos de la luz y los ojos* son como un fulgor de los días acaecidos, como un ensueño vitalista de pasajes familiares de cotidianeidad asumida. Saludables encuentros con las cosas más intrascendentes y pequeñas donde entiendo está todo lo sublime y universal del mundo: la soledad del árbol, la tibieza de un pájaro en las manos, las paralelas de los ojos, que se pierden en el horizonte del mar o un crepúsculo de octubre cuando el alma se enciende en el esplendor de un recuerdo.

Con el tiempo en las manos o *Humano exilio* son libros más introspectivos salidos de la edad madura, cuando el poeta asume un compromiso civil con la existencia. Y salvo aquí la distancia que entiendo entre vida y existencia. Para mí, vida es un concepto globalizador como relicto universal de los siglos; latido panteísta en nuestro entorno más inmediato que es todo cuanto recogen mis libros primeros ya mencionados y que empecé a descubrir desde los ojos de aquel niño que evidenció mi inocencia. Existencia es la aceptación gloriosa de la hipóstasis como hecho irreversible de nuestra relación histórica entre materia y espíritu, todo ello con voluntad de proyección en el misterio de la muerte; conciencia abstracta de soledad, o cierta influencia de amor por lo que un día tuvimos por las manos porque, «todo amarillea y cae y huye con el aire que no vuelve», al decir de Luis Cernuda. El licenciado Ginés Muñoz Andújar ha dicho a propósito de mi libro *Esperando el olvido* que «esta delgada ultimidad del sueño puede asociarse con el olvido por la acción del tiempo, pero también puede apuntar al último sueño. En otro contexto, veo la llamada creatividad como resultante de la otra realidad, de la realidad transcendida y no como producto de la experiencia; más bien disciplina de la razón incoherente o trasunto de irracionalidad.

Aquí cito mi libro *Ciudad marina*, consecuencia clarificadora de un sentimiento de redención de la caducidad de la belleza. «Como la hermosura que no puede durar y que no se termina», para decirlo con un verso de Vicente Aleixandre.

Dice Borges que el poeta está escribiendo siempre el mismo libro y yo diría que

hasta el mismo poema pero a través de distinta experiencia. Vuelvo a decir que se es más poeta por lo vivido que por lo escrito. Yo doy fe de haber vivido y doy las gracias a la poesía por la generosidad con que me ha enriquecido de amigos.